

«Permita el cielo, dice una aldea de Normandía, que el monarca tome la defensa del miserable ciudadano lapidado y tiranizado por los comisionados, los señores, la justicia y el clero.» «Señor, escribe una aldea de Champaña, todo lo que se nos decía de parte vuestra era siempre para sacar dinero. Bien se nos daban esperanzas de que esto acabaría, pero todos los años era peor.

»Nosotros no os culpábamos á vos, tanto nos amáis, sino á los que empleáis y que mejor saben hacer su negocio que el vuestro. Nosotros creíamos que os engañaban y nos decíamos en nuestra tristeza: ¡Si nuestro buen rey lo supiera!... Estamos abrumados á impuestos de toda clase; nosotros os hemos dado hasta aquí una parte de nuestro pan y va á faltarnos bien pronto si eso continúa... Si vierais las miserables chozas que habitamos, el infeliz sustento que tomamos, os conmovierais; ello os diría mejor que nuestras palabras, que no podemos más, y que es necesario que nos aliviéis. Lo que mucho nos apesadumbra es que los que más hacienda tienen, son los que menos pagan. Nosotros pagamos las contribuciones y lo que es debido á los alojados, y los eclesiásticos y los nobles, que tienen mayor hacienda, no pagan nada de todo eso. ¿Por qué pues han de ser los ricos, los que paguen menos y los pobres los que paguen más? ¿Acaso cada uno no ha de pagar, según sus recursos? Señor, os suplicamos que sea esto así, porque eso es lo justo... Si osáramos hacerlo, probaríamos á plantar algunas viñas en los collados; pero estamos tan atormentados por los comisionados de auxilios, que primero pensaríamos en arrancar las que están plantadas; todo el vino que hiciéramos sería para ellos, y sólo nos quedaría la fatiga. Es un gran azote toda esa gabela, y para escapar á él, se prefiere dejar las tierras incultas... Libradnos desde luego de los alcabaleros y de los aduaneros; padecemos mucho con todas esas invenciones; este es el momento de cambiarlas; mientras las tengamos, nunca seremos dichosos. Os lo suplicamos, Señor, con todos vuestros vasallos que están tan acabados como nosotros... Muchas otras cosas os pediríamos, pero no podéis hacerlo todo á la vez.» Los impuestos y los privilegios; hé ahí en los escritos verdaderamente populares, los dos enemigos contra los cuales no se agotan las quejas. Estamos aplastados bajo las peticiones de subsidios... nuestros impuestos son superiores á nuestras fuerzas... No nos sentimos con fuerzas para soportar más... perecemos aterrados bajo los sacrificios que de no-

sotros se exigen... El trabajo está sujeto á una cuota y la vida ociosa no... El más desastroso de los abusos es el feudalismo y los males causados por él son mucho mayores que los del rayo y el granizo... Imposible es subsistir si se continúa percibiendo las tres cuartas partes de las mieses por derechos de señorío y otros. El propietario tiene la cuarta parte, el diezmero, la doceaba, el gavillero, otra doceaba, el impuesto, la décima, sin contar las mermas de una caza innumerable que devora las plantas tiernas: no le queda pues al desdichado labrador sino el dolor y la fatiga.» ¿Por qué paga el Tercer estado solo los caminos, sobre los cuales corren en carroza la nobleza y el clero? ¿Por qué los pobres son los únicos obligados á servir en el ejército? ¿Por qué el «subdelegado no hace apremiar á los indefensos y á los que no tienen protección?» ¿Por qué basta con ser criado de un privilegiado para eludir el servicio militar? Derribad estos palomares que no eran antes sino pajareras y que ahora contienen á veces hasta 5.000 pares de palomos. Abolid los bárbaros derechos de «gleba *quevaise* y dominio revertible» bajos los cuales más de 500.000 individuos gimen aún en la Baja Bretaña.» «Tenéis en nuestro ejército, Señor, más de treinta mil siervos del Franco Condado;» si uno de ellos llega á oficial y se retira con una pensión, necesario es que vaya á vivir á la barraca en que nació, pues de lo contrario, cuando muera el señor, se apoderará de su peculio. Basta de prelados ausentes y de abades comendadores. «No nos toca á nosotros pagar el déficit actual, sino á los obispos, á los beneficiados; disminuíd á los príncipes de la Iglesia los dos tercios de sus rentas.» Que el feudalismo sea abolido. El hombre, el labrador, sobre todo, está tiránicamente esclavizado sobre la tierra desdichada en que languidece disecado. No hay libertad, prosperidad, ni dicha, allí donde las tierras son esclavas. Abolamos los lotes y ventas, alcabala bursátil y no feudal, contribución mil veces pagada á los privilegiados. Que le baste al feudalismo su cetro de hierro sin que todavía añada á él, el puñal del negociante» (1). En este punto y desde hace ya algún tiempo, no es el labriego, quien habla, sino el procurador, el abogado que le presta sus metáforas y sus teorías. Pero el abogado no ha hecho mas que traducir al lenguaje literario, los sentimientos de los labriegos.

(1) Prudhomme, *Resumen de Actas*, III.

CAPITULO III

Estado de los cerebros populares.—Incapacidad mental.—Cómo las ideas se transforman en leyendas.—Incapacidad política.—Cómo se interpretan las noticias políticas y los actos del gobierno.—Impulsos destructores.—En qué se ceba la ciega cólera.—Desconfianza contra los jefes naturales.—De sospechosos se hacen odiados.—Disposiciones del pueblo en 1789.—Reclutas y jefes de insurrección.—Cazadores furtivos.—Contrabandistas y matuteros de sal.—Bandidos.—Mendigos y vagamundos.—Aparición de los salteadores.—El pueblo de París.

I

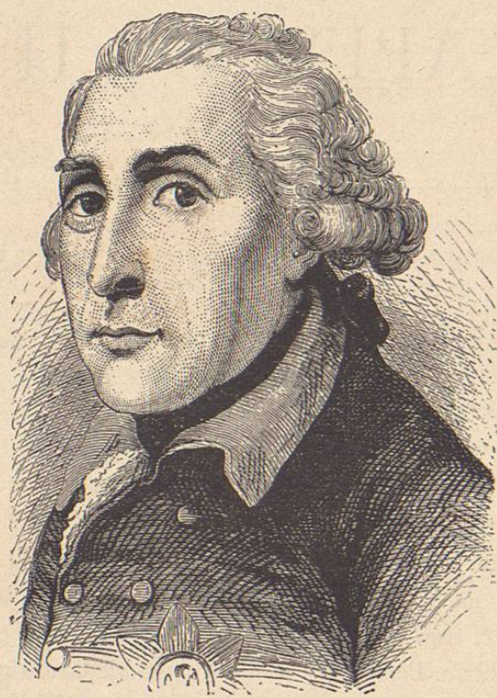
EN la actualidad, para comprender sus actos, sería menester que viéramos el estado de su espíritu, el tren corriente de sus ideas, la manera como pensaban. Pero á la verdad, necesitamos hacer un retrato y no bastan los detalles que acabamos de dar acerca de su condición? Se les conocerá más adelante por sus mismos actos, cuando en Turena azotaran con sus zuecos al alcalde y al adjunto de su elección, porque obedeciendo á la Asamblea Nacional redactaron esos dos infelices la lista de la contribución, ó cuando en Troyes, arrastraran ó destrozaran en las calles al venerable magistrado que les mantiene en aquel mismo instante y que acaba de hacer testamento á su favor. Tomad el cerebro todavía basto, de uno de nuestros labradores contemporáneos y reducid de él todas las ideas que hace 80 años penetran en ella por tantos conductos, con la escuela primaria instituida en cada aldea, con el regreso de los quintos tras siete años de servicio, con la maravillosa multiplicación de los libros, de los diarios, de las carreteras, de los ferrocarriles, de los viajes y comunicaciones de todas clases (1). Tratad de imaginaros

(1) Theron de Montaugé, 102, 113. En el Toulousain, de 50 parroquias 10 tienen escuela. En Gascuña, dice la Asamblea

al labriego de aquel tiempo, cercado y encerrado de padre á hijo, en su lugar, sin caminos vecinales, sin noticias, sin otra enseñanza que el sermón del domingo, dedicado por completo al cuidado del pan de cada día y del impuesto «con un aspecto miserable y extenuado» (palabras del marqués de Mirabeau) no osando reparar su casa, siempre atormentado, desconfiado, apocado el espíritu, y por decirlo así, estropeado por la miseria. Su condición es casi la misma que la de su buey ó de su asno y tiene las ideas de su condición. Durante largo tiempo ha continuado embotado «carece hasta de instinto,» según la frase de un director de auxilios de Coulommiers; maquinalmente y sin levantar los ojos tira de su arado hereditario. En 1751, de Argenson escribía en su diario: «Nada les interesa hoy de las noticias de la corte; ignoran el reinado... La distancia cada día se hace mayor entre la capital y la

provincial de Auch «la mayor parte de la campiña está sin maestros de escuela ni presbíteros.» En 1779 el correo de París no llega á Tolosa sino tres días á la semana, el de Tolosa por Alby y Rodez, etc., dos veces por semana; por Beaumont, San Giron, etc., una sola vez. «En el campo, dice Theron de Montaugé, se vive, por decirlo así, en la soledad y el destierro.» En 1789 el correo de París no va á Besançon más que tres veces á la semana. (Arturo Young, I, 257.)

provincia... Se ignoran aquí los acontecimientos más notables, que más nos han sorprendido en París. Los habitantes del campo ya no son más que pobres esclavos, bestias de tiro, uncidas á su yugo, que marchan cuando se las hostiga, que no se ocupan ni preocupan de nada, siempre que coman y duerman á sus horas;» no se quejan; «ni sueñan siquiera en quejarse,» como dice Montlosier I, 102, 146; sus males les parecen una cosa natural como el invierno ó la escarcha. Su pensamiento lo mismo



FEDERICO EL GRANDE, de Prusia

sido la causa, y doscientos hombres se ponen en marcha para derribar su casa. De igual modo su religión está á la par de su inteligencia. «Sus sacerdotes beben con ellos y les venden la absolución. Todos los domingos, durante el sermón, se pregonan al martillo tenencias y subtenencias (de santos); á tanto la tenencia de San Pedro. Si el labrador tarda en pujar, inmediatamente se suelta un elogio de San Pedro y mis labradores suben los pujas.» Esos cerebros enteramente primitivos, vacíos de ideas y poblados de imágenes, necesitan ídolos sobre la tierra del mismo modo que en el cielo. «Yo no tenía ninguna duda, dice Retif de la Bretonne en *Mon-sieur Nicolás*, I, 448, de que el rey podía legalmente obligar á cualquier hombre á que me cediera su mujer ó su hija, y todo mi lugar (Sacy en Borgoña) pensaba como yo.» No hay sitio en tales cabezas para los conceptos abstractos para la noción del orden social; la sufren, pero nada más. «La

que su agricultura es aún el de la Edad media. En Toulousain, según Theron de Montaugé, 102, para descubrir al autor de un robo, para curar á un hombre ó una bestia enfermos, se recurre al brujo que adivina por medio de una criba. El campesino cree de todo corazón en los aparecidos, y en la noche de Todos los Santos, pone cubierto para los muertos. En Auvernia, al comienzo de la Revolución, habiéndose declarado unas calenturas contagiosas, era claro que M. de Monlosier, brujo probado, había

masa del pueblo, escribe el gobernador Morris en 1789, no tiene por religión más que á sus sacerdotes, por ley sus superiores, por moral su interés; hé ahí los seres que dirigidos por curas borrachos, están, sin embargo, en el gran camino de la libertad, y el primer uso que de ella hacen es el de insurreccionarse en todas partes porque hay miseria.»

¿Y cómo no? Toda idea, antes de arraigar en su cerebro, ha de convertirse en una leyenda tan absurda como sencilla, apropiada á su experiencia, á sus facultades, á sus temores, á sus esperanzas. Una vez sembrada en esta tierra inculta y fecunda, vegeta en ella y se transforma, se desarrolla en excrecencias salvajes, en follajes sombríos, en venenosos frutos. Cuanto más monstruosa más viva es, agarrada á las más débiles verdades aparentes y tenaz contra las más concluyentes demostraciones. En tiempo de Luis XV, cuando el arresto de los vagos, fueron cogidos por abuso ó equivocación algunos niños y

corrió el rumor de que el rey tomaba baños de sangre para restaurar sus gastados órganos, pareció tan evidente el rumor, que las mujeres sublevadas por el instinto maternal se unen al motín: un exento cae en sus manos, es apaleado, y como pidiera confesor, una mujer coge una piedra, grita que no se le debe dar tiempo para ir al paraíso y le rompe la

cabeza, persuadida de que ha hecho justicia (1). En tiempo de Luis XVI, en opinión del pueblo, es cosa probada que la carestía es cosa ficticia; en 1789, como se ve en de Vaublanch, 209, un oficial, escuchando las conversaciones de sus soldados, les oye repetir con una convicción profunda, que «los príncipes y cortesanos para reducir al hambre



El pueblo arroja al fuego los archivos de los señores

á París, mandan echar las harinas en el Sena.» Entonces volviéndose hacia el aposentador ó alojador preguntale cómo puede creer semejante absurdo. «Es mucha verdad, mi teniente, le contesta, y la prueba está en que los sacos de harina iban atados con cordones azules.» El argumento les parece decisivo: nada pudo apearles de su error. Así se forma en el fondo de la sociedad, acerca del pacto del hambre, de la Bastilla, de los gastos y placeres de la corte, una novela inmunda y horrible en que Luis XVI, María Antonieta, el conde de Artois, la

señora de Lamballe, los Polignac, los arrendatarios, los nobles, las grandes señoras, son vampiros. He visto muchas descripciones de esas en los folletos de la época, en los grabados prohibidos, en las estampas y en los cromos populares, los más eficaces estos últimos porque hablan á los ojos. Esto sobrepuja á la historia de Mandrin ó de Cartouche, y eso conviene á hombres cuya literatura consiste en la canción de Cartouche y de Mandrin.

(1) Mercier, *Descripción de París*, XII, 83.